



Chris Griscom: "Sanar las Emociones"

Inmediatamente después de nacer, los bebés aún permanecen abiertos espiritualmente. Están abiertos al acceso directo e inmediato de su multidimensionalidad. No están separados de su ser divino, ni del ser de su madre. Sin embargo, gradualmente el bebé entra más y más en su existencia corporal tridimensional, separada e individual y, de ese modo, participa en el intercambio de energía con los miembros de su familia. Por su naturaleza, el bebé atrae vibraciones de sus padres en los planos psíquico e intuitivo. Aprende a reconocer los estados energéticos de sus padres y de su ambiente, y a reaccionar ante ellos. Reconoce si las personas que lo rodean están enfadadas o demuestran cariño. El bebé recibe estas vibraciones como si fueran suyas.

Desde que tiene aproximadamente siete meses de edad, puede distinguir entre las personas que conoce y los desconocidos. Puede que empiece a llorar por primera vez al estar en los brazos de alguien a quien no conoce. En cuestión de semanas y meses, el repertorio de vibraciones se ha expandido para incluir una categoría de lo familiar,

así como la calidad de las distintas fibras de energía que emanan de los que se le acercan. Al no disponer del lenguaje los bebés responden al mundo que les rodea e interactúan con él mediante la percepción de señales energéticas no verbales. Es una lástima que no tengamos aparatos para registrar cuán complejas son sus facultades perceptivas. Yo sospecho que éstas se deterioran con el tiempo en vez de mejorar. Lo que sí sabemos es que el sistema de activación reticular del cerebro graba impresiones que enseñan al bebé

Desafortunadamente, mucha de esta información proviene de personas que reaccionan con miedo a una situación específica e, indirectamente, pasan este miedo al bebé.

El niño no tiene miedo a lo desconocido. Tocaría una víbora o una araña con curiosidad e interés, hasta que la madre o el padre aparecen y reaccionan ante el animal. Si la reacción del padre es de miedo, el niño graba el concepto de peligro como sinónimo de araña o serpiente. Después de treinta años, ese bebé que ha crecido puede todavía tener una fobia a las serpientes o arañas y no sabe por qué. Inconscientemente la persona ha incorporado muchos patrones emocionales de los modelos de adultos de su niñez.

A la edad de dos años y medio o tres, el bebé empieza a verse a sí mismo más conscientemente como un ser separado de su madre. Desarrolla una estructura separada del ego. Éste es el período que a veces llaman



el de los «terribles dos años», porque los niños empiezan a explorar su poder personal y cómo éste se relaciona con el poder o control de los demás.

Aparte del desarrollo de nuevos patrones de comportamiento y pensamientos, en este período de desarrollo existe un aspecto espiritual importante. Durante esta etapa de separación del amparo de la madre, el niño es particularmente vulnerable, puesto que su mundo externo se está expandiendo. Sin embargo, nadie se da cuenta de las energías sutiles a las que el niño está expuesto, ni qué efecto tienen o qué hacer con ellas.

Durante este período, el niño es increíblemente sensible a las impresiones psíquicas. Por ejemplo, si está en un grupo grande de personas, no sólo en reuniones familiares sino también en lugares públicos como mercados, centros comerciales o acontecimientos deportivos, absorberá las energías emocionales descargadas por todos los que están a su alrededor. Generalmente estas vibraciones son energías lentas y pegajosas de miedo o ira. El cuerpo trata de deshacerse de las vibraciones negativas y extrañas mediante reacciones físicas. El niño a menudo responde a la absorción de energías extrañas con dolor de estómago. Los dolores de estómago siempre son un aviso de una penetración emocional en el plexo solar, la sede del cuerpo emocional. Los padres conscientes pueden enseñar a sus hijos a sacar esa energía del plexo solar para que no reciban energías cargadas que nos les pertenecen.

El niño también es receptivo a las energías astrales que rodean la Tierra. Los niños reciben las formas de pensamiento, reacciones emocionales, esperanzas y temores (de los vivos y de los muertos) durante el ensueño y cuando están dormidos. Aunque no lo sepamos, sus pesadillas de guerra son percepciones de realidades que se transmiten y llegan a través de ondas psíquicas que rodean el planeta. El niño sensible es terreno abonado para futuros patrones de depresiones emocionales y abusos de drogas, porque las experiencias subconscientes lo desbordan. Si nosotros los padres comprendiésemos a lo que estamos exponiendo a nuestros hijos, seríamos más selectivos y efectivos en el despliegue de la negatividad.

Por ejemplo, quizá nos damos cuenta de que la televisión no es apta para los niños, sobre todo para los muy jóvenes. La energía astral que emana de los temas presentados en televisión siembra la semilla del miedo en nuestros niños, ya sea una pelea entre dos marionetas o el Pato Donald arrastrando a un perro de la correa: no hay diferencia. En ambos casos el niño participa en una situación en la que aguarda con miedo para ver si gana el bueno o el malo.

Los dibujos animados representan una mitología a la vez activa y negativa para los niños. Considere lo que está ocurriendo: la energía de estos pequeños dramas que la gente tan alegremente muestra a sus hijos se combina con los rayos físicos de los tubos catódicos del televisor y se mezclan más tarde con las vibraciones generales del



ambiente del hogar, de las guarderías, la escuela y la comunidad en general. El resultado es una influencia reforzada y acelerada contra la cual el niño no tiene defensas. El patrón de energía penetra y se graba en el niño. Así la semilla del miedo cobrará forma física y crecerá, no sólo en el cuerpo físico, sino también en el cuerpo emocional.

Alrededor de los tres años el miedo y la ansiedad se han sembrado decisivamente en el cuerpo emocional del niño. Éste ya está saliendo del círculo protector de la madre, y busca su propia identidad en un mundo amplio y formidable. A esta edad empieza a expresar su propia sabiduría interna. Trata de compartir con nosotros la magia de su propia realidad. A menudo comentará con despreocupación que ha visto fantasmas, recordará vidas anteriores, percibirá energías negativas o tendrá experiencias terribles en sus sueños.

Los niños de tres años dicen cosas que suenan extrañas a los oídos de los adultos. Cosas como «yo era tu mamá» o «recuerdo cuando vivíamos al lado del mar». Debemos reconocer que estas cosas son de gran importancia. Escuche con atención lo que dice el niño, para entender la historia completa. Si el niño, por ejemplo, le dice que él era su madre, considere esto como una oportunidad para liberarse de karma. Al hablar de vidas y/o relaciones pasadas, es posible que el niño se libere de lo que podría convertirse en un tema constante, repetido de esa vida, para estar más íntegramente presente en ésta.

Quizá podamos descubrir lo que pasó en los momentos a los que hace referencia, para librar al niño de los patrones emocionales establecidos en esa vida. El cuerpo emocional retiene las vibraciones y el niño inconscientemente quiere volver a vivir esas vibraciones. Aunque usted sea la madre en esta vida, el niño puede tender a tratarla como si los papeles estuvieran invertidos y usted fuera su hija. Las experiencias de relaciones viejas y ocultas crean falta de armonía y confusión. Si el niño jamás puede hablar sobre su manera de ver la relación y las circunstancias previas, quizá no lleguemos a descubrir la causa de la presente confusión.

Los padres nos preguntamos a menudo por qué tenemos sentimientos tan distintos hacia cada uno de nuestros hijos.

Simplemente no sentimos la misma clase de amor hacia todos, aunque pensamos que debería ser así. Esto sucede porque, a nivel del alma, tenemos una historia completamente distinta con cada uno y venimos a juntarnos con ellos individualmente, de una manera distinta.

Fantasmas, monstruos, pequeños amigos

Cuando tienen aproximadamente tres años, los niños empiezan a hablar de fantasmas o de personas que están en sus habitaciones, de monstruos que los asustan o pequeños amigos invisibles. Estas historias no



necesariamente son producto de una imaginación o de algún desorden emocional. Los inventos de la imaginación sólo permanecen en la mente cuando están asociados con experiencias internas o recuerdos. Reflejan energías realmente existentes que el niño percibe porque aún no puede defenderse de la dimensión astral. Estas energías definirán los medios de expresión del niño y la profundidad de sus miedos y ansiedades, con frecuencia para el resto de su vida. Cuando un niño le dice que vió a alguien en su habitación, o que tiene un compañero, no lo trate como si esto fuera producto de una imaginación muy activa o como si algo funcionara mal en él. Por el contrario, permita que exprese sus sentimientos, observaciones e informes para que pueda liberarse de 'ello. Debemos considerar la idea de que existen otras formas de conciencia que se entrelazan con nuestra realidad y de que, al aprender a discernir, podemos encontrar una buena forma de intercambio.

Los padres pueden aprender mucho de sus hijos si les preguntan qué dicen sus amigos invisibles. Es sorprendente cómo sus amigos están dispuestos a darnos una información que sobrepasa lo que podría estar en la mente de un niño de tres o cuatro años. Muchas veces hay un cambio interesante en la voz cuando el niño está transmitiendo una comunicación de su amigo. Esto es un tipo de canalización de otra dimensión y puede avisar a los padres que el niño quizá tenga un don especial que pueda convertirse en algo maravilloso, si los padres son conscientes de ello.

La comunicación con los espíritus astrales de las plantas, por ejemplo, sería tremendamente beneficiosa para el mundo entero, puesto que estamos teniendo muchas dificultades para alimentarnos. Los resultados de esa clase de comunicación están documentados en Findhorn y son un modelo para el mundo.

El fenómeno de niños que perciben energías de otras dimensiones y octavas ocurrirá cada vez con más frecuencia si continúan siendo constantemente bombardeados por las energías astrales de televisores, computadoras y el uso del láser. El láser abre las barreras tridimensionales entre las energías físicas comunes y las energías astrales. Esto permite que estas dimensiones se filtren en la nuestra.

La dificultad de la dimensión astral es que los monstruos de las pesadillas de los niños puedan convertirse en energías posesivas. No es necesariamente el monstruo en cuanto ser que toma posesión del niño. Es la energía que acompaña al monstruo, o que está provocada por él, la que hace un agujero en la membrana protectora de la conciencia del niño, creando una fijación que lo succiona hacia esa experiencia una y otra vez.

Cuando hablamos del fenómeno de «posesión» debemos darnos cuenta de que somos influidos por una imagen más o menos estereotipada que no es correcta. Quizá nos imaginamos algo que se arrastra alrededor de nosotros, que comete acciones terribles y que finalmente nos agarra por la garganta. La realidad es que las energías posesivas



siempre son vibraciones sutiles que influyen en nuestra percepción de la realidad y la limitan de una manera oculta. Generalmente no estamos poseídos por un monstruo negro o un diablo rojo, sino que somos influidos por voces internas muy íntimas y agradables.

Desafortunadamente, demasiados padres controlan a sus hijos mediante la negación o el castigo, con el fin de socializados y educarlos. Estos métodos enseñan al niño a considerarse indefenso y sin poder, y lo marcan con una autoimagen negativa. Esta negatividad produce precisamente el estado de vibración que atrae pensamientos y sentimientos astrales. El niño percibe las energías astrales como voces internas que exponen su culpa, lo cual sólo incrementa su ansiedad por haberse portado mal y el miedo de tener que responder por sus actos o de ser castigado por ellos. Esto limita la curiosidad y circunscribe el pleno ejercicio de su intelecto, además de impedirle desarrollar confianza en sí mismo. ¡Sin confianza en sí mismo nunca florecerá el aventurero que enriquecerá al mundo y despertará al ser sin miedo!

El silencio: creador del vacío

Habitualmente los padres y familiares reaccionan a los cuentos de fantasmas, gnomos u otras energías invisibles con incredulidad, rechazo y ridiculización. Después de un tiempo, el niño deja de hablar de esas experiencias, puesto que se da cuenta de que no es tomado en serio. El resultado de este silencio forzado es que el niño

permanece atascado en esa área terrible de monstruos silenciosos, luces fulgurantes, sonidos extraños y otras impresiones raras de las que ya no se atreve a hablar. Esto se convierte en terreno abonado para los vagos miedos que arrastramos a la vida adulta. Estos miedos no son identificables, ni están conectados a memorias individuales específicas, pero provocan reacciones psicológicamente perceptibles.

A medida que el niño crece, puede ser que disminuyan sus dolores de estómago, porque ha anestesiado o reprimido su sensibilidad. La ansiedad desconocida y sin forma impregna todos los rincones oscuros de su vida, a la espera de ser proyectada en cualquier sentimiento o situación familiar indefinida. Así aprendemos que la seguridad es sinónimo de control y orden. Sin embargo, ese niño feliz y equilibrado es el que no se aturde ante el caos o ante la necesidad de adaptarse a nuevas circunstancias y retos. El caos es una constante en este mundo; los niños se debilitan si no les enseñamos a enfrentarse al caos de una manera alegre y valiente.

Si no podemos reconocer el origen del miedo, es posible que acabemos por reforzarlo. Por eso ayuda tanto el trabajo que hacemos en el Instituto de Luz. Permitimos que la conciencia de la gente recuerde los guiones y reviva las circunstancias y situaciones que llevaron a la acumulación del miedo. Al trabajar conscientemente con las causas se pueden disolver sus conexiones kármicas.



A los cuatro o cinco años, los niños muestran con frecuencia facultades intuitivas. Los niños normales desarrollan facultades intuitivas tan sorprendentes como las de los niños superdotados. Por ejemplo, a esa edad pintan auras o aureolas alrededor de las personas. Expresan las energías que ellos ven emanar de las personas, de los animales o de los objetos que pintan. Esta información es muy valiosa, si pudiéramos desarrollarla. Cuando somos conscientes de estas emanaciones áuricas y sabemos lo que significan, no deberíamos temer a nadie porque tenemos una manera directa de saber lo que sienten o piensan.

Una de las expresiones más sobrecogedoras de sintonización psíquica en los niños es su extraordinaria capacidad de reconocer cuando alguien se siente triste o enfermo. Invariablemente tocarán a esa persona con ternura inocente.

Con frecuencia los niños anuncian la visita de alguien o parecen saber quién llama por teléfono antes de que se conteste. Incluso estas capacidades inocentes parecen molestar a los padres, quienes pronto les hacen saber que este comportamiento no es apropiado y debe ser silenciado enseguida.

Muchos de nosotros hemos tenido la experiencia de un niño que predice la muerte de alguien en la familia. Si la predicción se cumple, sólo crea más desconcierto e impulsa a los padres a reprender al niño para que no hable más sobre esas cosas. A través de esta renovada

desvalorización de las octavas internas, el niño advierte que el mundo no valora, ni aprecia, lo que él es interiormente. Tener que permanecer callado con respecto a esas revelaciones espontáneas crea una cantidad enorme de ansiedad, porque el niño no ha aprendido a premeditar y se siente inseguro e incómodo consigo mismo: ¡la antítesis de lo que queremos que el niño sienta! Entonces la muerte se convierte en algo de lo que no se habla, inexpresable, tabú.

De esta manera, durante la niñez cerramos más y más puertas, desatendemos y reprimimos nuestra habilidad de percibir las vibraciones áuricas y electromagnéticas y de tener experiencias canalizadoras. Cuando vamos a la escuela a la edad de seis o siete años, no estamos dispuestos a que los compañeros se rían de nosotros por hablar de percepciones raras. Generalmente los primeros años en la escuela van acompañados de un cierre total de nuestra conciencia en estas dimensiones. A esta edad el niño rehúsa admitir, aun a sí mismo, que percibe la presencia de seres invisibles o que recibe ondas telepáticas. La abundancia de información, conocimiento y sabiduría que es derecho innato de todos los seres humanos y un verdadero tesoro de luz para la humanidad, pierde sus canales, sus ventanas divinas, sus puntos de contacto por los cuales, hasta ese momento, aquéllos podrían ser transmitidos desde una octava espiritual al cuerpo físico y a la conciencia tridimensional. Esta energía se mantiene prisionera del cuerpo emocional y llega a



estancamientos o desequilibrios que se hacen palpables como una ansiedad difusa en la conciencia del adulto.

Impresiones del mundo que nos rodea

Los niños son muy susceptibles a los ambientes astrales y psíquicos que los rodean. Están conscientes de energías vibratorias que perciben en el mundo natural. Pueden «sentir» un área que sea feliz o triste, segura o peligrosa para ellos. En realidad, leen estas impresiones en las marcas infrarrojas que impregnan los campos astrales llenos de residuos psíquicos y emocionales. Estos residuos permanecen décadas, quizá milenios, porque la energía astral no está limitada al tiempo o al espacio.

Es posible que a un niño le guste visitar la casa de su abuela porque allí siente las energías familiares de su madre, cuando era niña, irradiando de las paredes. Puede que odie la casa de su tía porque ésta ha sido el escenario de serias disputas familiares que están fuera de su campo de audición actual, ¡pero que su corazón escucha!

Los niños son esponjas y absorberán las energías de todos los sitios adónde van y de todo lo que tocan. Los adultos deberíamos considerar si vale la pena pelear por algún mueble después de un divorcio, por ejemplo. Si reconocemos que es algo que suelta viejas energías de nuestro pasado, sobre todo si la silla o el mueble han presenciado incidentes que son mejor dejar atrás. Estos objetos, supuestamente inanimados, se convierten en

puentes de asociaciones emocionales que subconscientemente, continuarán causando recuerdos a todos los miembros de la familia, incluidos los niños. De la misma manera, si heredamos algo de un pariente querido, deberíamos tocar el objeto e intentar percibir si las energías de nuestro ser querido que están en él son energías felices y amorosas con las que queremos recordarlos o si son energías infelices, frustrantes o algo negativas. En este último caso, debemos decidir si realmente queremos tener estos objetos en nuestro espacio.

Al visitar con niños museos, iglesias, castillos y otros lugares plenos de historia, los padres frecuentemente se desaniman cuando ven que los niños se cansan o se quejan de dolor de cabeza o de estómago. A menudo la causa está en el hecho de que están recibiendo viejas energías astrales, que los agotan. Es muy interesante preguntarles lo que están percibiendo, si un lugar les sienta bien o mal. Las respuestas son muy reveladoras. Algunas veces el niño recordará una vida anterior en esa época o período y podrá liberar al cuerpo emocional del dominio de una experiencia pasada, simplemente hablando de ella. Los recuerdos de muchas encarnaciones son, con frecuencia, la fuente de la fascinación de un niño por un lugar o una época de la historia. Una elección específica del alma puede haberle dejado una experiencia profunda o un talento especial, cuyo recuerdo puede estimular el futuro desarrollo de ese talento en esta vida. No hay duda de que la asociación



consciente con cualquier aspecto de un tema influye enormemente sobre la habilidad y rapidez para efectuar un aprendizaje.

También es cierto que traemos a esta vida miedos acumulados durante otras vidas. Como no recordamos otras encarnaciones conscientemente, no podemos reconocer el origen de muchos de nuestros vagos temores y ansiedades. Sin embargo, los niños empiezan desde muy temprano a mostrar miedos irracionales que desafían nuestros esfuerzos para encontrar sus causas. Pueden asustarse ante fotografías de caballos o de ríos o de gente con vestidos raros, antes de que hayan tenido alguna experiencia directa con ellos.

En nuestros intentos de distraerlos de sus miedos, fingimos que las cosas que asustan son divertidas. Decimos «bou» y «te voy a coger» a los bebés. Intentamos asustarlos y luego nos reímos. Rápidamente empiezan a copiarnos y también se ríen. Hacemos muecas y sonidos que los asustan hasta que aprenden que el miedo es un juego.

Ansiar el miedo

El miedo es la peor adicción del cuerpo emocional. La gente de todo el mundo disfruta cuando provoca miedo con monstruos, cocos y otras fuerzas de la oscuridad para controlar o entretener ¡o incluso como medio de comunicación con sus hijos! Lo observamos en los niños

cuando aún son muy pequeños. Cuando llegan a la etapa de «hombre primitivo», entre los siete y los nueve años, ya son versados en los matices de la muerte y disfrutan con el reto de actividades físicas que les asustan para probar su valor.

Experimentan para ver si pueden enseñarse el miedo los unos a los otros. Les encanta temer a la oscuridad y estimulan sus cuerpos para sentir pequeñas descargas eléctricas. Quieren escuchar cuentos de fantasmas. Organizan reuniones y se pasan la noche contando historias de miedo, cada una más aterradora y sangrienta que la anterior. Pero cuando el plexo solar recibe un golpe repentino, cuando el sistema nervioso autónomo reacciona con el impulso de «pelear o huir», se produce un aumento repentino de adrenalina en el cuerpo, una especie de sacudida eléctrica que influye enormemente en la química de la sangre en el cerebro. Esto puede convertirse en una adicción para el cuerpo, de manera que, a medida que maduramos, buscamos o escogemos circunstancias o situaciones que tienen este efecto estimulante. Es casi una experiencia orgásmica para el cuerpo. A medida que la adrenalina fluye por el sistema, éste se siente vivo. Despierta de un estado de letargia y el cuerpo adora esta clase de experiencia. Por eso el cuerpo emocional trata de repetir estas experiencias, lo que da paso a la atracción de energías negativas.

Para los adultos, los vídeos musicales, las películas de terror, los reportajes de violencia en la televisión, tienen la misma función. En la vida cotidiana nos hemos vuelto tan



entumecidos que hemos perdido nuestra sensibilidad y juicio natural de tal manera que sólo los impactos serios pueden liberarnos de nuestra prisión física. Cuando los sentimientos de culpabilidad, los prejuicios y la exagerada autoestima se arraigan, buscamos algo que nos ayude a perder el control. Bajo las presiones de la vida diaria, las reglas y normas, los patrones de comportamiento, los impuestos y la necesidad de cumplir con las exigencias de nuestro trabajo, luchamos tan intensamente para mantener el control, que deseamos ser confrontados con energías incontrolables externas. Y, de esta manera, queremos experimentar lo indecible, la experiencia que en el curso normal de nuestras vidas nos negamos. Ésta es una de las razones por la que nos emborrachamos, usamos drogas o participamos en deportes peligrosos.

También es la razón por la que escogemos a la pareja que nos da la sacudida emocional más fuerte, que nos hará más daño. Amamos el tema del miedo, nos reímos de los miedos de los otros e intentamos constantemente descubrirlos y usarlos como arma en nuestras relaciones. En algún lugar, profundamente dentro de nosotros, sentimos que el cuento del coco tiene que tener algo de verdad y, así, incluso los adultos temen entrar en un cuarto oscuro. Es lo intangible, lo oscuro que está allí lo que nos detiene.

Si analizamos el contenido y la presentación de los temas de entretenimiento en los medios de comunicación, encontraremos que constantemente nos llenamos de energías astrales negativas. La repetición de guiones que

inspiran terror no nos va a ayudar a transformar nuestras vidas. Podemos derivar placer del estímulo, pero las impresiones de miedo mantienen la mente cautiva y este foco de negatividad ataca ciegamente todas las partes de nuestras vidas. Es una tragedia que esta paranoia obsesione a tanta gente joven hoy en día. Cuando vemos películas de terror o vídeos musicales o psicodramas, éstos no constituyen un mero entretenimiento; nos convertimos en esos impulsos difusos, indistintos y a la vez excitante s de atracción y repulsión, amor y odio, ira y miedo. Los procesos diarios normales de conciencia están abiertos, no sólo a las impresiones del inconsciente, sino también a las invasiones de energías astrales.

Mientras no aclaremos los lazos viciosos y los patrones del cuerpo emocional, seguiremos escogiendo el amor infeliz, la enfermedad trágica o el miedo inexplicable que nos permiten vivir nuestro proceso energético sin sentir nuestro más alto potencial espiritual. En y asociaciones de miedo, el cuerpo emocional no parece poder salir del «caldo» astral.

El don del desarrollo espiritual

Nos salva el hecho de que somos seres espirituales y nuestra fuente divina es más poderosa que cualquier realidad física o astral. Nuestra herencia espiritual es la piedra angular de la evolución humana. Necesitamos



despertar a su potencial y proteger su presencia consciente en nuestros hijos.

Las etapas de desarrollo del niño coinciden con el despliegue de procesos espirituales profundos. Entre los siete y los nueve años, los niños están en una verdadera situación de cambios que transforman en energía física a sus energías psíquicas, espirituales y etéreas no liberadas. Aproximadamente a los siete años se cierra la puerta entre los mundos invisibles y la tercera dimensión. Los jóvenes en edad escolar se sensibilizan a las críticas de los maestros y de sus padres y no quieren ser ridiculizados de ninguna manera.

Cuando el maestro desaprueba al niño que hace mención de un amigo invisible o habla de colores alrededor de las personas, la atención del niño se fija en el mundo exterior para complacer al maestro y hacer amistad con los otros niños. En ese momento, las energías sutiles bondadosas del mundo no manifiesto retroceden, la puerta al cosmos se cierra y el niño empieza el karma de la vida.

El niño desarrolla nuevos talentos, corre, salta, participa en toda clase de actividades competitivas y adopta un comportamiento de alarde como el del hombre prehistórico. La expresión física de energías cautivas actúa como válvula de escape. En las escuelas les ofrecemos modelos físicos e intelectuales, pero pocos modelos -a veces ninguno- para el desarrollo espiritual. En algunas escuelas se reza por la mañana, pero esto no es

suficiente para ayudar a los niños a darse cuenta de sus capacidades espirituales.

Como el mundo adulto está absorto en la posesión de Dios, no puede arriesgarse a que alguien represente a Dios de una forma que no se ajuste a sus conceptos. Esto se convierte en un tabú contra la espiritualidad y es una gran tragedia porque los niños, de este modo, no pueden desarrollar libremente una expresión de su espiritualidad innata. Los padres han asignado todo lo espiritual a las religiones organizadas, y se sienten indignos o sin nada que enseñar a sus hijos. Esto no puede estar más alejado de la verdad. Ayudar a los niños a integrar su energía espiritual fuera de los límites de la religión es un regalo de esperanza para el futuro. Aclaremos que no hay nada malo en la religión; sólo decimos que los padres no deben abstenerse de compartir esta energía sagrada con sus hijos, en la creencia de que no saben suficiente sobre Dios. Los padres sólo tienen que servir de modelo a sus hijos mostrándoles que todos somos seres divinos y que nuestros propósitos están intrínsecamente entrelazados con la vida misma. A medida que el niño aprende esto, sentirá automáticamente que vale más y respetará como iguales a los que lo rodean.

La espiritualidad es el derecho innato de la humanidad, es el regalo inherente y sagrado de la vida. No puede comprarse, venderse, falsificarse o destruirse. El niño siente la maravilla de la naturaleza y reconoce la magia de la creación como divina. Se siente a sí mismo como parte de todo lo que es, sin las complicaciones del miedo.



Experimentar la vida de esta forma crea seres completos, sin miedo, desinteresados, felices y capaces de interactuar a altos niveles con otros.

Sólo hay un mensaje espiritual: cada ser es parte de la creación divina y perfecta. La manera en que exploramos las posibilidades infinitas de esta verdad es la libertad y el reto de cualquier vida. Si ahora regresamos y tomamos el hilo espiritual de nuevo, y encontramos así el camino hacia nuestra multidimensionalidad, nuestra conciencia holográfica podrá librarnos de los miedos aislados y racionales para experimentar un nuevo fluir cósmico.

Conexiones entre energías espirituales y sexuales

Ser testigo de las conexiones entre las energías espirituales y sexuales es una experiencia iluminadora. Las energías espirituales usan las energías sexuales para crear la materia de la energía pura. Durante la concepción, es la interacción sexual, el intercambio sexual, el que crea el cuerpo ¡por orden del alma! En la pubertad, el aumento de las hormonas que son controladas por las dos glándulas principales desencadena el desarrollo de los órganos sexuales y, más allá de esto, la profunda transformación emocional que se va a llevar a cabo.

Somos sembrados en la energía sexual de la concepción, y a partir de allí llevamos la memoria de esa fusión y toda su fuerza vital que resuena en cada una de los billones de células de la vida. La energía sexual vibra tan fuertemente

en las células de un niño de cinco años como en un adulto. En el niño es una energía difusa, eléctrica, bailarina y cinética. Cuando' esta energía se dirige y se canaliza en la pubertad, puede ser usada por el cuerpo para excitar el murmullo de la procreación o, si es elevada a centros más altos, alimentará el espíritu y la conciencia con energías creativas.

De la misma forma que los tres años son un punto decisivo, los siete son un umbral importante y, también el período anterior a la pubertad, a los once o doce años. Así como experimentamos el nacimiento de las células unidas a la vida fuera de la madre, experimentamos la etapa anterior a la pubertad como un nacimiento, una transformación del cuerpo del niño al cuerpo maduro y adulto. Las glándulas principales, la pituitaria y la pineal, son activadas. Cuando éramos niños, nos servían como canales para la intuición, para poderes psíquicos y espirituales que nutren la capacidad de percibir de una manera holográfica y para mantener contacto con la conciencia superior. Ahora sirven como impulsos para poner en marcha las energías de crecimiento y la sexualidad.

El cuerpo emocional de los niños de once o doce años está maravillosamente abierto y es expansivo. Su entusiasmo es contagioso, pues son cariñosos y están entusiasmados con la agitación de este umbral de la madurez. Sin embargo, para los de trece, catorce o quince años ¡el impulso sexual se convierte en una corriente



arrasadora que se lleva la moderación hacia los torrentes del mar de la vida!

Una vez más, el joven se encuentra en un estado en que es susceptible de procesos energéticos de muchos niveles, durante este período en que fluctúa entre la apertura y la vulnerabilidad. La compleja interacción entre las energías físicas, emocionales, intuitivas, creativas y mentales es percibida dolorosa y confusamente, la intensidad de estas energías convergentes crea una ventana de corrientes emocionales que vuelan y se asoman directamente al universo desconocido. Visto por los padres, esto parece ser un derrumbamiento del niño/persona que han conocido. Los padres observan la metamorfosis con terror, mientras que su dócil y cariñoso hijo se convierte en una persona energéticamente volátil, fuera de control e inconstante. El estímulo de las gónadas crea estragos en el sistema nervioso, sujeto a nuevos niveles de voltaje que simplemente no sabe manejar.

Así como llamamos la atención al niño de tres años por contar cuentos exagerados, o el de siete es ridiculizado por sus compañeros por sus relatos de encuentros extraños, frecuentemente también malinterpretamos la sexualidad de los jóvenes y tratamos de limitar o reprimir sus poderes creativos en desarrollo. Esto es prácticamente imposible. Las continuas confrontaciones, en especial durante la pubertad, son el resultado de tales intentos. Desafortunadamente, esto crea en la persona joven la impresión de no ser comprendida por la familia o por el personal escolar y causa sentimientos de

alejamiento que a menudo llevan a la rebeldía, las drogas o incluso el suicidio.

Puesto que los adultos raramente comprenden que esta energía vibrante está anclada en el potencial espiritual y sexual de la glándula pineal, no pueden reconocer el tránsito o fijar el rumbo en la dirección que despertará el poder pleno del kundalini en el niño. El kundalini es la energía divina, la gran fuerza shakti de la vida, que nos eleva a la iluminación si nos damos cuenta de su presencia. Si no, este poderoso flujo se estanca en los centros más bajos del cuerpo y se pierde a través de la actividad sexual. En nuestra sociedad esto está ocurriendo a una edad cada vez más temprana. De esta manera, la maravillosa energía shakti, que puede rejuvenecernos, sanarnos y transformar el fluir inconsciente de las células desde el nacimiento hasta la muerte, se desperdicia. La oportunidad de usarla para desarrollar nuevas octavas de conciencia se pierde.

Durante la pubertad, cuando los centros de energía o chakras se desarrollan, la fuerza vital shakti sube a las glándulas pineal y pituitaria, que también dirigen la maduración sexual a nivel físico. A veces, la energía de esta transformación es tan intensa que todo el ambiente alrededor del adolescente queda afectado. Los fenómenos de duendes ocurren primordialmente donde hay jóvenes que atraviesan la pubertad. La energía posesiva astral de los duendes se combina con la energía dirigida hacia afuera del adolescente. Esto propicia que ocurran cosas como cristales que se rompen, cuadros que



se caen de las paredes, bombillas que explotan solas y otras manifestaciones de energía cinética sobre las que el adolescente no tiene control consciente.

Es importante que ayudemos a los jóvenes dirigiéndolos con cuidado para que puedan usar bien su aumento de energía sexual. De lo contrario, las consecuencias incluirán la desaparición de estas energías con respecto a sus poderes curativos e intuitivos. Es esencial que los jóvenes se sientan sanos y normales, que sepan que esta energía es un regalo que pueden usar para crear nuevas formas de expresión, nuevos canales a través de los cuales puede fluir una corriente de amor y luz. Una persona joven tratada de esta manera puede aumentar sus probabilidades de liderazgo en el futuro.